

tente y muy trabajado de la influencia del maestro y del alma resuelta á conformar su vida con una doctrina filosófica; *Un Corazón de mujer* y *Cosmópolis*; es uno de nuestros mejores escritores: no ha acabado aún de trazar su curva y lo que le queda que hacer completará el valor de sus libros pasados.

Después de principios penosos en las más modestas funciones de la universidad, ha llegado á ser no sólo el pintor de los grandes, sino el huésped de sus modelos. Los libros que ha escrito después del *Discípulo* tienen una tendencia, que podría resultar lamentable, á la intriga melodramática y al empleo de las gacetillas: es un folletín distinguido.

Le gustan, en la aristocracia, la distinción desdeñosa, la bravura, el ademán resuelto, la elegancia, el lujo, los aficiones deportivas como la caza y el caballo. Es un admirador de la fuerza física, que habla de ella con el culto de un ateniense. En la novela *el Discípulo*, un preceptor analiza el sentimiento de envidia que experimenta viendo á un hermoso oficial vigoroso, elegante, vivo y decidido: hasta es su rival en amor. El deporte ejerce un gran encanto sobre el Sr. Bourget. Estima en mucho los juegos que procuran vigor y por lo tanto seguridad y altivez de carácter. Encuentra en ellos la religión de la belleza plástica. América le ha agradado en este sentido.

Los *Ensayos de psicología contemporánea* ponen de relieve sólidas cualidades de estilo. *Las Sensaciones de Italia* honran al crítico de arte de igual modo que honran al filósofo sociólogo sus interesantes hallazgos en Ultramar.

El relato de su viaje es un penetrante estudio de psicología en que el escritor aplica al alma americana los resultados adquiridos por el autor de *la Inteligencia*, Taine, acerca de la multiplicidad de los *yo* que Descartes creía ser uno solo. Estas páginas del pensador que cree en la difusión y en el alcance de la idea escrita, son sólidas y útiles. Se siente bajo el texto un alma vibrante, algo personal como la de todos los que podrían llamarse autoanalistas, empezando por Montaigne, — un espíritu abierto á todas las investigaciones y á todos los movimientos del cuerpo social, así como á todas las peripecias del mundo moral. Un escritor que no es solamente un artista, que tiene conciencia de su misión, de sus funciones, y que escribe para preparar el porvenir. Es el discípulo de Taine, cuyo rigor neto de exposición procura emplear. Hasta diríase que el Sr. Bourget piensa sin cesar en Taine cuando razona: «Por mi parte, como si hubiese pasado en mí durante algunos minutos el espíritu de Tomas Graindorge, el filósofo mercader de cerdos, tan querido de mi maestro Taine...»

En América pudo creerse en su terreno propio y mojó su pluma en la calabaza de *Dur-à-Cuire* para contarnos la venganza del irlandés ó la

muerte del convicto y hasta el rapto de Sarah Bernhardt por los Sioux.

Es un viajero filósofo; no es un intuitivo. En América ha visto poco, ha leído mucho, ha cambiado y manejado ideas, ha filosofado. No nos hace ver el paisaje, y la naturaleza le deja más bien frío. Ha visitado el Niágara y le ha consagrado veinte líneas. Ha estado en Saint-Paul-Minneápolis y no dice nada de este rincón tan pintoresco con sus *chalets* de estilo sueco, que esmaltan la verdura, con sus calles orladas de *villas* que suben á lo largo de los cuevas y el panorama espléndido del Misisipi que arrastra sus amarillas aguas por un ancho cauce entre las dos ciudades hermanas enlazadas por puentes de hierro, acodados en ángulos directos. Y desde Saint-Paul no ha sentido la tentación de alargar su excursión algunas horas más hasta Livingstone y Cinnabar para penetrar en los países espléndidos de las Montañas Rocosas y del parque de Yellowstone. La naturaleza le atrae muy débilmente. Le conmueven más las ideas que las imágenes; su cartera contiene menos croquis que pensamientos. No tiene ingenio; es grave. Cuando bromea, lo hace mal. Es preciso, para que siga siendo él mismo, que se manifieste austero, serio y profundo. Pretende acaso sonreír y alegrar su filosofía. Su broma maravilla y desentona, como una pirueta en un salón. La campana de las locomotoras que parece tocar de antemano á muerto por los viajeros que han de ser aplastados, la línea de los trenes de Baltimore y Ohio cuyas iniciales B. and O. traduce el vulgo por «Beefsteak and Onions» (beefsteak y cebollas) ni siquiera hacen sonreír.

Por otra parte estos pasajes en que el autor se despoja por decirlo así de su dignidad, son raros. En todo el libro se notan la gravedad y un gran respeto de las conveniencias. No hay ni chispa francesa, ni aire parisiense.

En toda su obra el estilo es firme y neto. La lengua tiene precisión, es pura, sin contorsiones ni acrobatismo. Ha roto con los decadentes á quienes sostenía con su autoridad en la época en que enviaba versos sobre las flores á *la Vogue*. Ha recobrado el estilo clásico.

Huysmans (1848-1907), el autor de *A Rebours* (1884), *A Vau l'eau*, *En route* (1894), *Là-bas* (1891), *la Cathédrale* (1898), ensayo de simbólica cristiana, del *Oblato*, de *Santa Lidvina de Schiedam*, tuvo un talento curioso, original, «Renovó la Commune, en la lengua francesa», como le dijo Jules Hetzel en sus principios.

Subjefe de negociado retirado, compartió su vida entre las ciudades, las aldeas piadosas y los conventos, en Ligugé ó en los Benedictinos de la rue Monsieur. Había en él aspiraciones contrarias que analizaba:

No he sido educado en las escuelas congreganistas, sino en un liceo; jamás fui piadoso en mi juventud, y la parte de recuerdos de infancia, de

primera educación, y de educación que tiene un puesto importante en general en la comunión, no ha entrado por nada en la mía. Y lo que complica más la dificultad y embrolla todo análisis, es que, cuando yo escribía *A Rebours*, no ponía los pies en ninguna iglesia, no conocía á ningún católico practicante ni á ningún sacerdote; no experimentaba ninguna influencia divina que me incitase á dirigirme hacia la iglesia; vivía tranquilo en mi comedero, parecíame enteramente natural satisfacer los necesidades de mis sentidos. *A Rebours* apareció en 1884 y yo fui á convertirme á una Trapa en 1892; pasaron cerca de ocho años antes de que las semillas de dicho libro hubiesen germinado; pongamos dos años y hasta tres para el trabajo de la gracia, sordo, obstinado y á veces sensible; quedarían todavía cinco años durante los cuales no recuerdo haber experimentado ninguna veleidad católica, ningún pesar por la vida que hacía, ningún deseo de rectificarla. ¿Por qué y cómo me he visto dirigido hacia un camino perdido entonces para mí en las tinieblas de la noche? Soy absolutamente incapaz de decirlo; no hay nada que lo explique sino ascendentes de beguinajes y de claustros.

Franqueó la distancia que separa las paradójicas invenciones de des Esseintes, los horrores satánicos y cabalísticos de *la Misa Negra* y de *Lá-bas*, de las santas resignaciones de *la Mártir Lidvina* y de la piedad humilde, conmovedor ejemplo de las decepciones que encuentra en el fondo de su nada el racionalismo impotente.

Fué superior en el arte de analizar el spleen. Mientras escribía *la Vida del señor Folantin* ó del famoso des Esseintes, adornaba su vivienda con caprichosos cuadros de Raffaelli ó caricaturas de Forain, apocalípticas visiones de Odilón Redon ó hijuriosos caprichos de Rops. Después aparecieron biblias, pedazos de ricas casullas, estatuas de santos. Entonces se había alistado en el grupo de los naturalistas, frecuentaba el granero de los Goncourt, donde encontraba á Alfonso Daudet, á Jeannot, á Ziem, á Lavedan, á Rosny y á Rodin; había trabado amistad con Zola, Henry Ceard, Leon Hennique y Maupassant. Aprobó el cisma de los cinco que se separaron del grupo naturalista (Paul Bonnetain, Rosny, Lucien Descaves, Paul Margueritte y Gustavo Guiches) y se convirtió al catolicismo desilusionado por la bancarrota del positivismo.

Los hermanos J. H. Rosny han tenido poderosas visiones de las épocas prehistóricas y de la vida lacustre cuyos instintos primitivos encuentran en los nihilistas que han introducido en sus novelas modernas. Felicien Champsaur y Jean Lorrain, los cronistas sutiles y perversos del vicio en París; Paul Bonnetain, el cuentista colonial; Lucien Descaves, cuyo libro *Sous-off* produjo escándalo; Roujon, en *Mirémonde*, y Octavio Mirbeau de talento incisivo y cruel, tienen un puesto propio en la literatura.

Paul y Victor Margueritte, evadidos del naturalismo, poseen una visión amplia y precisa, y además la compasión, el sentido de las sufrimientos y la bondad para atender á ellos estudiando los problemas

sociales. Sus cuadros de la guerra de 1870, en que se distinguió su padre, tienen gran vigor.

Paul Adam, pintor abundante en escenas antiguas, neronianas ó bizantinas y de batallas, campos de miedo y de muerte; Pierre Louys, el novelista neogrecó que puso en *Afrodita* los espasmos eróticos y extraños de un alejandrismo refinado; y Maurice Maíndron que hace revivir con ciencia y conciencia la brutalidad jovial de los soldados del siglo xvi, son interesantes.

Eduardo Rod tiene el talento austero del protestante á quien han hecho pensador las montañas de su país; la nota conmovedora y tierna de las novelas de Jean Aicard no es indiferente.

Marcel Prévost [*le Scorpion* (1887), *Mademoiselle Jauffre* (1889), *Letres de femme* (1892), *les Vierges fortes* (1900)] es el exquisito truchimán de las almas femeninas de *Françoise á las Demi-Vierges*, y desde *Chonchette* hasta *Vierges fortes*.

Alfonso Allais empleó gran humorismo en sus burlesquerías de aire majestuoso.

Henri Lavedan con regocijada malicia y en estilo lleno de color ha descrito, en novelas dialogadas, ciertos aspectos de la vida parisiense que tienen por marco los restaurants de moda y los sitios de placer; es un género en que también han obtenido triunfos Abel Hermant, Gyp y Jeanne Marny. Al mismo tiempo, escribía con dulce sensibilidad sobre asuntos muy morales, en medio de los cuales ha hecho florecer y abrirse la florecilla azul de los sentimientos íntimos y puros.

Paul Hervieu es el observador severo de los mundanos pintados por sí mismos ú ocultos detrás de su armadura.

Abel Hermant es el historiógrafo mordaz é ingenioso del mundo diplomático, de los extranjeros en París, de los *rastacueros*, de las transatlánticas, de las embajadas vistas á la hora del te; nota las vibraciones de *Frisson de París* y se ha hecho el confidente de las abuelas que tuvieron una juventud tumultuosa.

D'Esparbès presta vida intensa á los oficiales de cuartel, restos del gran ejército. Estaunié escribe páginas sentidas y muy cuidadas.

Maurice Barrès¹ ha planteado los principios de una religión conocida, el culto del Yo. Discípulo de Renan ha hecho psicoterapia ingeniosa y sobre todo nos ha conmovido con sus sensaciones de Alsacia Lorena, expresando con cálida elocuencia la tristeza de los anexionados y las esperanzas de sus antiguos hermanos. Sus paisajes de aquellas tierras están llenos de vida y respiran hermoso dolor. Ha sabido amar el terreno, cosa que ha hecho también, con encanto más discreto, René Bazin.

1. Estuvo en España y no supo verla. Además en su discurso de recepción en la Academia Francesa halló medio de irritar á los colombianos al hablar con desdenosa ignorancia de Cartagena de Indias. (N. del T.)

Y no he nombrado en esta rápida revista á Mario Uchard, Pierre Véron, Privat d'Anglefont, Louis Reybaud, Jules Moinaux, Henry Gréville, Albert Delpit, Louis Enault, Philibert Audebran; novelistas populares; á Xavier de Montépin, Émile Richebourg, E. Gaboriau, Dubut de Laforest¹, Paul Alexis, Pierre Decourcelle, Henri Demesse, Jules Lermina, Georges Ohnet; á los novelistas: M^{ms} Juliette Adam, Lecomte du Nouy, Jean Bertheroy, Paul Junka, Camille Pert, Georges Peyrebrune, condesa Lydie Rostopchine, Jane de la Vaudere, Daniel Lesueur, Marie-Anne de Bovet, Arvède Barine, Jane Dieulafoy, Camille Bruno, condesa de Noailles, Henri de Régnier, Colette Yver, Claude Ferval, y por último á otros muchos novelistas: Pierre Veber, Ad. Aderer, Léon Barracand, Georges Beaume, Bousсенard, J. Case, Michel Corday, Georges Duruy, Maurice de Fleury, Charles Foléy, Hector France, Edmond Frank, Léon Frapié, J. des Gachons, Gauthier-Villars, Paul Ginisty, Georges Lecomte, Marcel Lheureux, Émile Pouvillon, Michel Provins, Georges Renard, Pierre Valdagne, Jean Reibrach, etc. Hay pocas épocas en la historia literaria que ofrezcan más rica falange de novelistas: los autores dramáticos no les ceden en número, como vamos á ver².

1. Este novelista, historiador de todas las inmundicias y escándalos de París, ha excitado la codicia de algún editor de Barcelona que ha publicado sus escandalosos libros. (N. del T.)

2. El autor olvida á uno de los más populares novelistas franceses, á Ponson du Terrail cuyas obras siguen teniendo numerosos lectores en Francia y en España. No hace mucho uno de los más importantes periódicos de Madrid, para despertar sin duda la afición á la cultura y estimular á los escritores, publicaba *Las Aventuras de Rocambole*. En general todos los grandes periódicos, que se jactan de sus grandes tiradas, hacen otro tanto; no publican (para no pagar derechos), sino antiguos novelones franceses traducidos á destajo. (N. del T.)

CAPITULO X

EL TEATRO

- I. Del romanticismo al realismo. — El teatro heroico. — Los románticos. — Los dos Dumas. — Henri de Bornier. — Parodi. — Banville. — François Coppée. — Richepin. — Mendès. — Rostand, etc.
- II. Los burgueses. — Ponsard. — Casimir Delavigne. — Scribe. — Legouvé. — Balzac. — Sardou. — Emile Augier. — Pailleron. — Daudet. — Erckmann Chatrian. — Porto-Riche. — Jules Lemaitre. — Abel Hermant. — Bernstein. — Pierre Wolf. — Henri Bataille. — H. Lavedan. — Capus. — Maurice Donnay. — Los cómicos. — Locroy. — Duvert et Lauzanne. — Labiche.
- III. Un nuevo ideal. — Papel social del teatro. — F. de Curel. — Paul Hervieu. — Henri Becque. — Brieux. — Descaves. — Emile Fabre. — Mirbeau.
- IV. — Historia de los cómicos. — Talma. — M^{te} Mars. — La Duchesnois. — M^{te} Georges. — Bocage. — Déjazet. — Dorval. — Frédérik Lemaitre. — Rachel. — Sarah Bernhardt. — Mounet-Sully. — Coquelin *ainé*. — Réjane. — Otros cómicos célebres. Conclusiones que hay que sacar de este examen. — Organización material de los teatros. — La conferencias dramáticas.

La sucesión que hemos comprobado, por lo que hace á la poesía y á la novela, de las escuelas romántica y realista, demuestra la gran ley que ha presidido á toda esta historia literaria, á saber que nuestro espíritu nacional ha oscilado sin cesar entre las dos tendencias opuestas que le caracterizan, la distinción elevada y la trivialidad. Volvemos á encontrar aquí las dos corrientes paralelas. En la época de Corneille, triunfaba la distinción y fueron sus campeones los partidarios del preciosismo. En tiempo de Zola, el otro platillo de la balanza inclinó el peso de su parte. De esta suerte nuestra historia aparece como la sucesión de las derrotas y de las victorias de dos campos. El teatro del siglo XIX ha sido teatro de unas y otras. Los románticos representaron los derechos del ideal; los realistas atribuyeron el principal papel al espíritu burgués, y luego al popular; los simbolistas protestaron. Veamos este juego alternado de aspiraciones inversas.

La interpretación artística ó bien imita ó bien deforma: si lo hace en sentido del bien, idealiza; si en el del mal, ridiculiza, empeora y afea la naturaleza. De estos tres modos posibles nacen tres géneros: el teatro heroico (ideal), el teatro de observación (imitación) y el teatro cómico ó brutal (deformación).